This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

WIDENER
HN QT87 0

1901

Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The will requires the income to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,

NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XXVI.

ZORRILLA.

COMPOSICIONES VÁRIAS.

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HERNANDO Y COMPAÑÍA

Arenal, 11.

1901

HARVARD COLLEGE
JUN 1 1904
LIBRARY.
Lane fund

MADRID, 1902.—Hernando y Compañía.

LEYENDA.

MARGARITA LA TORNERA.

TRADICION.

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!
Porque, ¿quién como tú me las daria?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.
¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestal y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,

Medir audaz la inmensidad que espanta
No osára, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.
Y tú, radiante y peregina estrella,
María de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fe destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.
Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin, ¡oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!
¡Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creeis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oirme y hallaréis consuelo;
Veréis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.
No era de Palencia el tal,
Más su padre residia

Allí, porque allí tenía
Crecidísimo caudal.
Gil, era el nombre del padre
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.
Adoraba el buen Don Gil
En su hijo, y era Don Juan
El mancebo más galan,
Más generoso y gentil
Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado,
Puesto que él siempre pagaba.
Ello es cierto que por más
Que el padre le amonestó,
Un libro jamas abrió
Ni oyó un maestro jamas.
Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.
Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un *diestro*,
Y sacándole á reñir
Matóle y tomó á su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.
Iba, pues, todos los dias
En auge, con sus extrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.
Pues, aunque áspero de genio

Á indolente, el tal Don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.
Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.
Cantaba que era delicia,
Y sabía centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.
Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,
Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.
Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquive una palabra
Dicha de paso á la oreja.
No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.
Y el Buen Don Gil, que sabía
Las proezas de su hijo,
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada dia.
Más él seguia sin tino
Dando brida á sus locuras,
Y diciendo «que aventuras,
Buscar, era su destino.»

Envióle á Valladolid,
Más fué en la Universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.
Él fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.
Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.
Quísose usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un dia en la catedral
Se agarró con un doctor.
Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y áun hablaron
De Don Juan con harta furia;
Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.
Un canónigo muy viejo,
Pariente suyo, le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:
«Qué tenía el alma seca
De hablar de legislacion,
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca.»
En fin, no hallando más medio
De estar en seguridad,
Mandaron que la ciudad

Despejára sin remedio.
  Él decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.
  Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de dia,
Con tal pompa y osadía
Que fué escándalo en verdad.
  Volvióse á Palencia, pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.
  Recibióle el buen Don Gil
Irritado, y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil,
  Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
É hizo justa la batalla
A que le habian provocado.
  Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;
  Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.
  Y como era de pensar,
Tras tan exótica risa,
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.
  Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,

Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.
Tornó á ser, pues, lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

—

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.
Don Gil, que es hombre devoto
Y acosado de la gota,
De tal vecindad se alegra,
Mas de ella Don Juan se enoja.
Dice el padre: «Aquí tenemos
Misa, jubileos y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamas estorban.»
Dice el hijo: «¡Qué demonio!
Es una calle tan sola.....
No hay en toda ella una reja
Util á cita ni á ronda.»
Dice el padre: «Esas benditas
Están ganando la gloria
Y encomendando al Eterno
Sus vecinos..... ¡él las oiga!»
Dice el hijo: «Esas mujeres
Se están como unas marmotas
Toda su vida encerradas,
¡Vaya una aprension diabólica!»
Dice el padre: «El capellan,
Que es doctísima persona,
Me tiene contínuamente
Conversaciones sabrosas.»

Dice el hijo: ¡Si á lo ménos
Hubiera una buena moza
A quien decir cuatro flores.....!
Serán unos cocos todas.»
Y el padre: «Nada me falta
Para una vejez dichosa,
La iglesia y la plaza cerca,
Casa y rentas que me sobran.»
Y dice el hijo: «Por último,
Harémos una intentona
A ver si las enjauladas
Son lechuzas ó palomas.»
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman,
Aquél con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misa
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y Don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de contínuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosías
De dia y de noche ronda.
Mas ni ve, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo léjos se evaporan.
Si llama al torno—¡*Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
El pide agua de aljibe,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada

Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por más que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra:
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan:
La novena de Santa Ana,
El sermon del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de Santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre,
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera,
Y al cabo sale diciendo:
«*¡Bruja condenada y chocha,*
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa!»
Desistió, pues, del empeño,
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un dia casi á la aurora:
Ya habia en la iglesia gente,
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra

Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreia afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncía
Por negros recuerdos de otras:
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y la verdad que no era
Culpa enteramente propia,
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decia
Limpia, argentina y sonora:
«*De rodillas, caballero,*
Que están alzando la hostia.»
Y él, advertido y curioso,
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias.
Era el tal una monjita,

Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
—¡Chist! la dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿Qué quiere?
D. Juan. ¿Sois tal vez la superiora?
La Monja. ¡Yo, señor! soy la tornera.
D. Juan. ¡La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡Deo gratias!..... tan temblorosa,
Que más parece que vuestra,
La voz de una setentona.
La Monja. Ved que decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Tornera, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia.
D. Juan. ¿Murió la pobre?
La Monja. Murió.

Mas mirad que se prolonga
La conversacion y.....
D. Juan. Es cierto :
Si fuerais vos.....
La Monja. Servidora
Vuestra.
D. Juan. Callada y prudente.....
La Monja. Cuando la imprudencia importa,
Yo soy obediente y.....
D. Juan. ¡Bueno!
Si no desplegais la boca,
Yo os prefiero á la abadesa.
La Monja. No hay abadesa, es priora.
D. Juan. A la priora, es lo mismo.
Para hablaros de una cosa,
De un secreto que interesa.
La Monja. ¡Secreto!
D. Juan. A la mayor honra
Y gloria de Dios, y vuestra.
La Monja. ¿Mia?
D. Juan. Pues, y de las monjas.
La Monja. Decídmelo.
D. Juan. Es imposible,
Despacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.
La Monja. ¡Ay Dios!
D. Juan. ¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais..... vaya, ¿teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.
La Monja. Como no escoja
La de maitines.....

D. Juan. ¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?
La Monja. En la reja
De esa capilla; me toca
Velar esta noche.
D. Juan. ¡Bueno!
No falteis.
La Monja. Estaré pronta.
En oyendo la campana.....
D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima
La oigo bien.
La Monja. Pues hasta luégo.
D. Juan. Adios, hermana... ¡y memoria!...

Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja
Salió acabada la misa,
Y Don Juan, el alma loca
De gozo, atisbó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo:
«*¿La niña ¡eh! si será tonta?*»

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y áun tocaban á maitines
Los esquilones agudos
Con discordante repique,
Cuando Don Juan de Alarcon,
Dichoso en amor y en lides,
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la molicie

De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilden
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflige.
Sólo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente, Don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nubes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille;
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa,
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que, pues madrugan,
Largas horas no vigilen.
Ni pasos, pues, ni rumores

De vivientes se perciben;
Oyese sólo del aire
El són prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que ecos lejanos repiten.
Suena á lo léjos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silban, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba á abajo Don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias,
Y al compas de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacía, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten

En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse;
Y en la oscuridad confusa,
Haciendo vista de lince,
Un vago contorno blanco
Tras de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡gracias á Dios!
Más de un hora me tuvisteis
De planton, ¡Dios os lo premie?
La Monja. ¿Tardé mucho?
D. Juan. (Vaya un chiste.)
No hay para que hablar ya de ello.
Puesto que al cabo vinisteis.
La Monja. ¿Sabe lo que digo, hermano?
D. Juan. No, hermana, si no lo dice.
La Monja. Diréle: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fe mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito..... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche....
D. Juan ¿En qué, mi Filis?
La Monja. En que hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oirle
Una mujer, que soy yo, y.....
Pero ántes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.
D. Juan. ¡Miren
Qué nombre tiene tan lindo
La hermana!
La Monja. ¿Os gusta?

D. Juan. Indecible
Gozo me da vuestro nombre,
Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.
La Monja. ¿Gasta lisonjas, hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis qué significa?
Que ha poco me lo dijisteis.
D. Juan. Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cútis más blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo más esbelto
Que una palma, y más flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raíces,
Y con dos manos más bellas
Que el nácar y los jazmines.
La Monja. ¿Y dónde está esa muchacha?
D. Juan. Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.
La Monja. ¿Y qué tengo yo que ver
Con Filis?
D. Juan. ¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?
Margarita. Sí por cierto.
D. Juan. Y la visible
Apariencia del cristal
¿Qué os mostró?
Margarita. No es muy difícil
De decir: era otra yo.

Otra monja.
D. Juan. ¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella
Aunque estaba un poco triste?
Margarita. ¡Calla! es verdad que lo estaba.
D. Juan. ¡Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!
Margarita. ¡Vaya!
D. Juan. Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?
Margarita. Hermano, ¡Jesus mil veces!
¡Jesus, qué cosas me dice
Tan peligrosas! Empiece
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.
D. Juan. (¡Pobrecilla!)
Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios

Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera:
«Vén, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte,
¡Yo te amo! ¿osárais seguirle?
Margarita. ¡Dios mio!
D. Juan. Si ése os dijera:
Yo sé un lugar infalible,
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices;
Y tú, ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos.....
¡Oh alma mia! presto sígueme
Vén, huyamos, amor mio.
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?
Margarita. ¡Ay hermano,
No sé qué me da!..... decidme,
¿Todo eso es cierto?
D. Juan. Muy cierto;

Pero secreto imposible
De revelar, porque todos
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!

Margarita. ¡Ay Vírgen santa!

D. Juan. Y la aviso
Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime.

Margarita. ¡Ay sí, sí!

D. Juan. ¿Consiente en ello?

Margarita. Sí por cierto.

D. Juan. ¿Y será firme
En resolucion tamaña?

Margarita. Que si seré. ¡Dios me libre!
¡Morir así en las manos
Sangrientas de esos caribes
Que decís!

D. Juan. Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisben
Y nos frustren el intento.
A Dios, hermana.

Margarita. Él os guie
Y os acompañe.

D. Juan. ¡Ea adios!
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.

Margarita. Adios.
D. Juan. Adios.
Y á la reja
Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.
Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices,
Apagó la luz, diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
Mas ¡vive Dios que ésta última
Será tal que me acredite!»

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita,
Diez y siete primaveras.
Y áun vírgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.
Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez,
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella,
Que se imaginó tal vez.
Siempre encerrada y oculta.

Cuando en el mundo vivia,
Sólo del mundo veia
La calle tras un cancel:
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se extendia tras él.
Jamas pensó que las flores
Que sus jardines criáran,
Los salones perfumáran
Preparados al festin;
Jamas pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Más delicioso, otro fin.
Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De *amor* y de *vanidad*.
¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraïso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.
Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion,

Y un sér que á pocos contento
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazon.
¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no da asilo
En él á la *vanidad!*
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.
¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!
Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oidos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿por qué en el mundo vano
A quien le da la inocencia
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?
La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;
Es que el placer divinizа,

Y le adora á su pesar.
¡Pobre niña! Allá á sus solas,
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Eligió para su juez,
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.
Cuando su madre á deshora
De los festines volvia,
Y entre sueños la veia
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al són de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.
Y cuando acaso á escondidas,
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptüosa pasar;
Y al brazo de los mancebos,
Con el deleite más bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.
¡Oh! Que seis años monótonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin,
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.
«Aquí está Dios»; la dijeron,
Y ella dijo: «Yo le adoro.»

«Aquí está el torno y el coro.»
Y pensó: «¡No hay más allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.
Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida,
¿Qué sabe ella si hay más vida
Ni más aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?
Mas ¡guay que alcance á lo léjos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor!...
¡Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!
Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se dispertó su afan.
Su corazon revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
A recordar á Don Juan.
Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor,
Contemplándose al espejo

Con la luz de la bujía
Así pensaba y decia
Margarita en su interior:
«¿Conque hay fiestas y banquetes,
»Y nocturnos galanteos,
»Y deliciosos paseos
»De esta pared más allá?
»¿Conque esta toca de lana
»Cambiada en perlas y flores
»Hará mis gracias mayores,
»Y más hermosa me hará?
»¿Conque aquellas relaciones
»De encantos que yo leia
»Y que apénas comprendia,
»Ni comprendo, ciertas son?
»¿De aquellas magas fantásticas,
»De aquellos bravos guerreros
»Y gentiles caballeros
»La historia no es ilusion?
»Y se encuentran y combaten
»Por bizarras hermosuras,
»Y corren mil aventuras
»Por agradarlas mejor;
»Y ellas viven en palacios,
»Y vagan por sus jardines,
»Y celebran con festines
»La ventura de su amor.
»¡Oh! ¡Que ese hombre me lo ha dicho!
»Sí, sí, negros son mis ojos...
»¡Y esta toca me da enojos
»Y me hace fea tal vez!...
»Él me lo dijo ¡lisonja!
»Mas probemos, me la arranco:
»¡Oh, como el armiño blanco
»Mi pecho!... ¡Blanca mi tez!

»Blancos mis brazos redondos,
»Mis mutilados cabellos
»Son de azabache... y en ellos
»Puesta aunque mal esta flor!...
»¡Cuán bien me va!... ¡Oh, soy hermosa!..
»Y encerrada me consumo,
»Y se pierden como el humo
»Mis dias de más valor.»
Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores,
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.
Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraida
Sintió su fe decaida,
Estéril su religion;
Y allá muy léjos del claustro
Perdido su pensamiento,
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.
Y pasaron muchas noches,
Y Don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galan adormecida,
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.
Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella,

Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa más fugaz.
¿Y quién explica áun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon?
¿Y quién los medios explica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion?
¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de Don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.
Y cayó: que en una noche
Por Don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera,
Ya cerca de amanecer.

—

D. Juan. No hay más medio, Margarita.
Margarita. Mañana, pues.
D. Juan. Tanto monta
Un dia ántes; estad pronta.

Margarita. ¿Con que á las dos?
D. Juan. A las dos.
Margarita. Por el huerto.
D. Juan. Estaré á punto.
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me haréis seña.
Margarita. Y haré cuanto os plazca á vos
D. Juan. Pues adios.
Margarita. Idos tranquilo
A dormir, y hasta mañaaa.

Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa Don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando,
Su posicion meditando
Tal vez con algo de afan.

—

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha:
«Pues, señor, es cosa hecha:
»¡Mas me ocurre una cuestion!
»Dineros,... ¡bah! tiene padre
»Dentro su alcoba una arquita,
»Y há un año que la maldita
»Me está dando tentacion.
»¡Con que, Don Juan, no hay cuidado!
»Vendrá Dios y medrarémos.»
Y asiendo los dos extremos
De la sábana á la par,
Con un movimiento rápido,
Se hundió Don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y la divina luz constante adora!
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares,
Nunca extraviado perderá la huella
Del *más allá* que empieza en los altares.
Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos dias
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la vírgen inocente;
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente;
Siempre se ve brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.
Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta dél su poderosa mano,
Y las razas maldice
Torpemente mezcladas,
De su Dios y su orígen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revientan las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luégo,
Tornando compasivo á la bonanza,
De su ira celestial matando el fuego,

En prenda de salud y de sosiego
Tiende el íris de paz y de esperanza.
Si elevado en el Gólgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira:
Y conociendo que quien tal le puso
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
«Vuestra madre mirad», dijo muriendo,
«Esa de mi bondad última prenda,
»Si algun dia verteis sincero llanto,
»Por vosotros pidiendo,
»Para salvaros del azar tremendo,
»Real protectora os tenderá su manto.»
Y á tí, madre amorosa,
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa,
En tí esperamos y en tu amor creemos,
Y á tí tornados á tus piés caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara,
Arrepentido al cabo ¿á quién mostrára
Más que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿Quién le comprendiera,
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Sino quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh, dulce madre celestial y bella,
Feliz mil veces quién á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora!

¡Feliz mil veces, inmortal Señora!

—

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por Don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul rïela,
El aire que corre hiela;
Triste es la noche en verdad.
Todo en el convento calla;
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.
De los laureles del huerto
Las hojas medidas suenan;
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda,
Y perdido en su hondo hueco,
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.
A veces por un instante

Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta,
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.
Allá, á traves alumbrado,
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos,
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.
Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.
Acongojada la mente
Con tan várias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.
Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,

Do quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fe.
Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de Don Juan.
Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento:
Mas vago remordimiento
La roia el corazon,
Y recostada en su lecho,
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podia
Con la loca tentacion.
De aquellos seres fingidos
Por Don Juan con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su candidez.
Más apacible otras veces,
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios

De su seductor gentil.
  Blanca paloma perdida,
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Más diáfano en que volar,
Media el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y ántes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.
  Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor:
Mas ciega y enamorada,
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.
  Pobre barquichuela débil,
Que en pos de nave entonada
Salia desesperada
Sin más norte que el azar,
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.
  Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.
  Mas ¡ay, así estaba escrito!
De oculto sino impelida,

De su azarosa partida
La hora precisa llegó:
Llegó, y al fin Margarita,
Que oido prestaba atento,
Oyó perderse en el viento,
Los dos golpes del reló.
Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera,
Próxima á colmar su falta,
Siente que el pesar la asalta;
Y que renace su fe.
Al corazon se le agolpan
Mil vagos remordimientos,
Mil vagos presentimientos
De incomprensible pavor,
Y en su creencia sencilla,
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.
Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho,
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacía
Sobre los vidrios botar.
«¡Qué noche! dijo espantada,
¡Si habrá Don Juan desistido!»
Mas percibiendo rüido
Por las tapias del jardin,
Escuchó sobrecogida

Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.
No esperó más: con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.
Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria,
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.
Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por más que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.
Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre,
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia,
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.
En un altarcillo humilde,
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imágen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.
Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozára en contemplar.
Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado,
Mientra en el claustro vivió,
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse,
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.
La pobre niña, agobiada
De soledad y fatiga,
Buscó en su encierro una amiga

En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella,
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.
  Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponia
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.
  Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaría
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen,
Con voz triste y lastimera,
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar:
  « Ya ves que al fin es preciso
»Que deje yo tu convento,
»Mas ya sabes que lo siento,
»¡Oh Vírgen mia, por tí.
»Y puesto que de él sacarte
»No puedo en mi compañía,
»No me abandones, María,
»Y no te olvides de mí.
  »¡Ojalá entre mis hermanas
«Hubiera otra Margarita
»Que con tu imágen bendita
»Obrára como ella obró!
»¡Ojalá esta luz postrera
»Que en esta noche te encendio

«Estuviera siempre ardiendo
»Miéntras te faltára yo!
»Mas ¡ay! ninguna te quiere
»Como yo, y son mis angustias
»Pensar que estas flores mustias
»A tus piés se quedarán,
»Y se apagará esa vela,
»Se ajarán tus vestiduras,
»Y los que pasen á oscuras
»Tu hermosura no verán.
»Al fin yo parto, Señora;
»Mi confianza en tí sabes,
»En prueba toma esas llaves
»Que conservo en mi poder.
»Guárdalas: otra tornera
»Elige á tu gusto ahora,
»Y el cielo quiera, Señora,
»Que nos volvamos á ver.»
Así Margarita hablando,
Con lágrimas en los ojos
Ante la imágen de hinojos
Los sacros piés la besó:
Y dejándola las llaves
Y encendida la bujía,
Traspuso la galería,
Ganó el jardin y partió.
Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y sólo se oyó tras ella
El rumor del aguacero,
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle,
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo,
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose,
A poco reconocidos,
Se abrazaron decididos,
En tal coloquio trabándose:

D. Gonzalo. ¡Por vida mia! Don Juan,
¿Pues cómo en Valladolid?
D. Juan. De paso para Madrid.
D. Gonzalo. ¿A las fiestas?
D. Juan. Todos van.
D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.
D. Juan. Paréceme, Don Gonzalo,
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabeis que es mi manía.
Doquier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo ménos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.
D. Gonzalo. ¿Y para qué tiempo tanto?
D. Juan. Si la funcion sale huera,
Yo no me pierdo siquiera
Todó el mes que me adelanto.
D. Gonzalo. A fe que razon os sobra
Y á poder irme con vos...
D. Juan. ¿Teneis que hacer, vive Dios,

Mas que ponerlo por obra?
D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dirá?
D. Juan. ¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?
D. Gonzalo. Vos pues...
D. Juan. La pregunta está
De más: mas ved que os aviso
Que si os venís á Madrid,
Salir de Valladolid
Dentro de una hora es preciso.
D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.
D. Juan. ¡Por Dios que es grave pretexto!
Jamas dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.
D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro
D. Juan. ¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco, y Laus Deo!
D. Gonzalo. ¡Ya! jacos tengo yo dos,
Mas dineros...
D. Juan. ¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan.
Y echad en el otro vos.
D. Gonzalo. Dadlo por hecho.
D. Juan. Atended,
Don Gonzalo; mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.
D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?
D. Juan. ¿Qué sé yo? tengo una yegua
Que apénas anda una legua.....
D. Gonzalo. ¿Se resiente de los callos,
Eh? Pero como gusteis,
Decision es lo que importa.
D. Juan. Pues la cuestion es muy corta,

Mis dos caballos podeis
Vender tambien, y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.
D. Gonzalo. ¿Por quién?
D. Juan. Por una señora.
D. Gonzalo. ¡Hablarais para la noche,
Cuerpo de tal!
D. Juan. Bien, pues id,
Y á las puertas de Madrid,
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estarémos:
Más no digais dónde vamos,
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.
D. Gonzalo. Iré.
D. Juan. La hora cabal.
D. Gonzalo. Ya veréis mi rapidez:
Allí estoy fijo á las diez.
D. Juan. Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué Don Juan, para habitar,
Tomaron cuartos contiguos.
Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno del otro en pos
Mil locuras emprendian.
Y aquí, lector, por no ser
En demasía prolijo,

Que te imagines elijo
Lo que pudó acontecer.
Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el cómo se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.
Daba las diez el reló
Y el coche les aguardada,
Y Don Gonzalo llegaba
A quien Don Juan demandó:

D. Juan. ¿Qué hay, D. Gonzalo?
D. Gonzalo. Tomad.
D. Juan. ¿Cuanto?
D. Gonzalo. Sesenta doblones.
No pude de esos bribones
Conseguir más cantidad.
D. Juan. ¡Bah! Don Gonzalo, si es pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aquí más de mil
Para ayuda de la empresa.
D. Gonzalo. Adelante pues.
D. Juan. ¡Pues arrea!
Mayoral, pica el ganado,
Que el viaje será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin más azares
Aprontaron el trasporte
Y echáran hácia la córte
De Olmedo por los pinares.

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, Don Gonzalo,
Y Don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura,
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Más de su oro disipada
La crecidísima suma,
Harto Don Juan de la monja,
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horisonte se anubla,
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta.
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan,
Que está la tormenta próxima

A desatarse con furia
Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo, que debiera
Mirar de Don Juan la mucha
Generosidad, mostrándole
Ciega confianza mutua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le da parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque Don Juan no se cura
Más que de vivir gozando
Miéntras que sus oros triunfan.
Y Don Gonzalo, que advierte
Que éstos están en las últimas,
Pretextos busca á sus solas
Para afear su conducta.
Que es Don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:

Díscolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Entre aquestos dos espíritus
Maléficos que le turban,
Margarita el hondo cáliz
De las desdichas apura.
Margarita, que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura, que perfuman
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.
Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan.
Y ve sus mil ilusiones
Que al precipicio se agrupan
Del abismo de la nada,
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.
«¿En dónde están (se decia)
»Los sueños de mi ventura?
»¡Aquel país encantado
»Que exento estaba de angustias,
»Cuadro espléndido y magnífico

» Con una sola figura,
» que era ese Don Juan que ahora
» Duelos sobre mí acumula!
» ¿Por qué le he creido ¡necia!
» Por qué le he creido nunca?
» ¿Qué he encontrado yo en sus brazos
» Sino ficcion y locura?
» Qué me ha dado en sus caricias
» A beber más que cicuta?
» ¿Qué espero de sus promesas
» Sino que jamas se cumplan?
» Arrastrada entre sus vicios,
» Y entre sus órgias impuras,
» Su amor me devora el alma,
» ¡Y él se harta de mi hermosura!
» Sí, por otro amor me deja
» Encerrada en esta oculta
» Mansion, miéntras él va ciego
» Tras de quien su amor rehusa,
» Tras esa beldad vendida,
» Que abre á la codicia pública
» Sus gracias para que vaya
» A hozar en ellas la chusma,
» Y cuyos torpes aplausos
» La envilecen y la ensucian,
» Pues la apellidan á un tiempo
» Celestial y prostituta.
» ¡Ah! los celos me devoran,
» La envidia, el ódio me abruman.
» ¡Yo le amo!..... y es imposible
» Que su indiferencia sufra.
» Él me sedujo; él mis ojos
» Abrió á la luz de la culpa;
» Yo era una pobre inocente,
» Mi alma era cándida y pura,

»Sus palabras me eran dulces
»Como una lejana música,
»Más ardientes que un volcan
»Y más que una lanza agudas,
»¿Qué hiciera yo mas que oírselas
»Con idolatría estúpida?
»¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
»A mi sencillez inculta
»Y á mi inocencia del claustro?
»¿Quién amansará la furia
»De este amor y esta conciencia,
»Que para herirme se juntan?»
Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque Don Juan la abandona,
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y miéntras hallaba encantos
Su pasion, entónces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y más la lucha
Con su virtud empeñaba,
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ánsias,
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,

Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía excusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas,
Sus pensamientos acecha
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los piés le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda.
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que nó la agradece nunca,
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto Don Gonzalo,
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastío de Don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas:
Y él tiene, mas que le pese,
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,

Un inferior que acompaña,
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera:
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro accoso
De calentura amorosa,
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan sólo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una carta sin tino

Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Ménos cruda que las otras,
Pues se cambió de repente:
Y él, que jamas la malogra,
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora,
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y Don Juan, que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras:
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin Don Juan, satisfecho
De fortuna tan dichosa,
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja

Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

—

« Todo lo puede el dinero »,
Dijo en la calle á sus solas,
« Lo que al valor no se rinde
» Con la riqueza se compra.
» Verémos pues si con oros
» Hacemos más que con horas. »
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró: mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda,
Fuése al vestuario, y con maña
Llamando aparte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma:
« Toma esos ocho doblones
» Y á esa Sirena engañosa
» A quien sirves, si te estimas,
» Dirás lo que aquí me oigas.
» Y es: que hay un noble extranjero
» Que, al verla tan seductora,
» Volver no quiere á su patria
» Sin un adios de su boca.
» Que si mañana en su casa
» Cenar con él no la enoja
» En presencia de un amigo
» Y de una fiel servidora,

» Recibirá mil doblones
» Para recuerdo de la honra.
» Conque olvidarte procura
» De que yo soy la persona
» Que irá á cenar, y no olvides
» Que el amigo será un momia,
» Que tú serás quien nos sirva,
» Y que por cuenta redonda
» Bien te dará cien doblones
» Quien la da doscientas onzas.»
Y así acabando Don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo:
« Hasta mañana á estas horas.»
Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso Don Juan
Se hundia como una sombra;
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana
Y tan séria los derrocha.

—

En un lujoso aposento
Y enderredor de una mesa
De viandas exquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre Don Gonzalo
Y Don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para Don Juan risueña

Es la tal una hermosura,
Danzante, que apénas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay sirena
Ni de voz más seductora,
Ni en los encantos más diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas,
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piececitos
Tan menudos que, á no verla,
Usarlos tan fácilmente
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos

Sin peligro se mantengan.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenan
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no erais?
D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al són de tu fama
Mas fácil te envanecieras.
Sirena. ¿Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas?
D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compráran mis monedas.
Sirena. Quiere decir que de dos
Mal os salió una experiencia.
D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.
Sirena. Pero ella saltó por una.
D. Juan. Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.
Sirena. Quiere decir...
D. Juan. Te equivocas,
La interpretacion es ésta:

Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia;
Pero á la fuerza rendida,
Sin más azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y ésta es la interpretacion
Del hecho, y la diferencia
De amor que gana y estima,
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dije ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.
D. Juan. Y vos excelente pieza.
Sirena. ¿Siguierais mucho la pista?
D. Juan. Hasta hallar la madriguera.
Sirena. ¿Y si era falsa la boca?
D. Juan. Yo atinára con la cierta.
Sirena. ¿Y si salir no queria?
D. Juan. Yo me pondria en espera.
Sirena. ¿Por empeño?
D. Juan. Por empeño.
Sirena. ¿Y durára?
D. Juan. Hasta cogerla.
Sirena. Figuraos pues que ancma.

D. Juan. Me preparo.
Sirena. ¿Y si se entrega?
D. Juan. Tiendo la mano y la cojo.
Sirena. ¿Y si muerde?
D. Juan. Norabuena:
Sóbrame á mí mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.
Sirena. Brindad pues y olvidad eso.
D. Juan. ¡A su orgullo!
Sirena. ¡A su obediencia!
D. Juan. Espera, ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?
Sirena. El amor está vencido.
D. Juan. ¿Y la encantadora?
Sirena. Muerta.
D. Juan. En ese caso, alma mia,
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe Don Juan sin cuidado,
Que el vino jamas le altera;
Bebe Don Gonzalo poco,
Mas se turba su cabeza,
Y sus manos hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la órgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,

Y entre el són de las botellas
Crujen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.
De amor loco está Don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta,
Y al compas de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellísima Sirena,
Y en su sillon Don Gonzalo,
Sentado y tendido á medias,
Como una sombra fantástica
Embebido la contempla.
Ella, sutil como el aire
Y como el aire ligera,
Gira enredor, pasa y huye
Como aparicion risueña.
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz más viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Más los círculos estrecha,
Más los mágicos hechizos
De sus perfecciones muestra:
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,

La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante;
Ya una Vénus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta.
Y su flotante figura
En el ambiente desecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela,
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden,
A merced del aire sueltas,
Cuando en los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ello nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta,
Más seductora que nunca
Y más que nunca halagüeña.
Y miéntras Don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude,
Trastornada la cabeza.
«Bravo, exclamó, sólo falta
Margarita.»—A cuya necia
Exclamacion levantóse

Como una tigre Sirena,
Y con Don Juan encarándose,
Desencajada y colérica,
«¿Quién es esa Margarita?»
Le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto Don Juan,
Sin acertar la imprudencia,
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza,
Les añadió por respuesta:
«¡A fe que es linda muchacha!
»Y ahora que se me acuerda,
»Pues en casa estará sola
»Su compañía me peta.»
Y asió su capa esto dicho,
Corroborando la idea.
«Gonzalo, exclamó Don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez,
Ya os encontrárais sin ella.
—Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido, como prenda antigua,
Para tomarla licencia.
—Eso sí, si la pedís,
Lleváosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
—¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Sólo por recuerdo de ella

Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?
—A Palencia
Y á las monjas de Jesus
De donde es.
—¡Jesus me tenga!
—¡Calla! ¿qué os da, Don Gonzalo?
—Decidme por vida vuestra,
Don Juan, ¿cuál es su apellido?
—Cosa, Don Gonzalo, es esa
Que jamas la he preguntado.
Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
—Sí.
—Pues Bustos es el de ella.»

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra,
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla Don Juan á poco,
Diciendo: «¡Cosa como ella!
¿Quién demonios lo pensára?
Pero, en fin, ya es cosa hecha.»
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, miéntras
De Don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
El vapor al fin de la órgia
Disipado con la fuerza
De su deshonra, arrojóse
Sobre Don Juan con fiereza,
Mas sentóle éste los puños
En el pecho, y con la mesa,
La lámpara y la vajilla

Vino Don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta,
Diciendo á tiempo : «¡Señores,
Que están en mi casa vean!
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos, Don Gonzalo, fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.»
Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pajes y las doncellas.
Mas Don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza :
«¡Atras, canalla, y silencio!
Y tú, amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto ántes pueda.
—Si sois valiente, Don Juan,
Cuando gusteis dad la vuelta.
—Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia,
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse
Hay una distancia inmensa.»
Y así diciendo Don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche; en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el dia,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotëar se oia.
Y la noche pasaba,
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de Don Juan, que no venía.
Entreabierta tenía su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde léjos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugára,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurára.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia;
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afan tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando,
Pasar bajo su reja los veia,
Mas de ella á largos pasos se alejaban,
Y con ellos Don Juan nunca venía.
Hundida la infeliz en su abandono,
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! Tú sentada

Bajo la reja espesa
Aguardas á Don Juan desesperada,
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡Y ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos más precipitados,
Y más cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
«Él es», dijo bajando, y no mentía,
Que era en verdad Don Juan el que venía.
Él era, sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilan sangriento.
«¡Dios mio!» dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita,
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada,
Y la puerta tras ella asegurando,
«Traeis sangre, Don Juan», dijo aterrada.
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego,

Diciendo con acento decidido:
«Margarita, á la aurora
Es preciso partir,
—Dónde?
—Lo ignoro,
Abandonar la córte por ahora
Es lo esencial no más; en esta casa
No es posible vivir.
—Pero ¿qué pasa?
—¡Oh! No es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa, señora,
Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que vi me muestra
Que vos necesitais...
—¿Yo? ¿Qué locura!
Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque, á fe mia,
Que el asunto no es cosa, estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á Don Gonzalo conocias.
—Eso
Bien lo sabeis.
—Tenía una maldita
Cabeza el tal y la perdió esta noche;
Mas bebió con exceso,
Y no es extraño que perdiera el seso.
—Pero en fin, ¿qué es el caso?
Que me teneis violenta.
—Me habló de vos, y aunque detras de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
—¿Le matasteis? Don Juan, ¡sois un malvado!
—Tal vez tengais razon: mas bien mirado,
Como si no le mato al fin me mata,
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á Don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, Don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.»
Y hablando así con gravedad resuelta,
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brío sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

—

Al cabo de dos dias de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

Posadera. Dios guarde á su merced. ¡Hermoso dia!
Margarita. ¡Él os proteja, madre! ¿Teneis hora?
Posadera. No parece que sois madrugadora.
Margarita. Pues ¿qué hora es?

Posadera. Es casi mediodia.
Margarita. ¡Mediodia!
Posadera. ¿Quereis el desayuno?
Margarita. Sí: mas hacedme la bondad primero
De decirle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fe bien importuno.
Posadera. Pero ¿de quién hablais?
Margarita. Del caballero
Que ocupa ese otro cuarto.
Posadera. No hay ninguno.
Margarita. ¿Cómo no?
Posadera. El pasajero que alí habia...
Margarita. Que vino ayer.
Posadera. Con vos.
Margarita. Precisamente.
Posadera. Montó á caballo al despuntar el dia.
Margarita. No puede ser.
Posadera. Miradlo.
Margarita. ¡Dios clemente,
Partió sin mí!
Posadera. Yo me creí, señora,
Que erais de su partida sabedora.
Margarita. ¿Yo? ¡Justo Dios!
Y aquí de Margarita
Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente,
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada,
Sólo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su mujer viajaba,
Quien, viendo su hermosura, condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.

«Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿A dónde quereis ir?»
Margarita. ¿Dónde, señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?
La Dama. ¿Quién es él?
Margarita. Ese viajero
Que salió con el alba.
La Dama. ¿Un caballero
Mozo y galan?
El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?
Margarita. El mismo, justamente.
La Dama. ¿Es de vuestra familia?
Margarita. ¿De mi familia? No precisamente.
Pero si yo supiera su destino...
La Dama. Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?
Margarita. Sí, es en Palencia.
La Dama. Hasta Dueñas venid, si os acomoda,
En nuestra compañía, y diligencia
Para que os lleven á Palencia harémos
De la mejor manera que encontremos.
Margarita. ¡Ay, señora, quien quiera
Que seais!...
El Caballero. ¡Levantad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria.
Ea, venid, que enganchen y partamos.
La Dama. Enjugad esas lágrimas y vamos

Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada,
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se extravió.
¡Ay! ¿Dónde irá Margarita
En su ciega inexperiencia,
Donde irá sino á Palencia
Do tal vez está Don Juan?
Porque ¿quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?
Era en el fin de una tarde
De Junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una mujer se veia,
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.
A traves de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenía
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente,

Por más que mira, la faz.
  Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Y abrírsele no venía
Dueña, galan, ni doncel.
  ¿Qué hacía, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay más que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un Don Gil de Alarcon.
  ¿Serán celos?—¡Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupa no más
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.
  Mas nadie llega, y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al léjos el viento,
Que en ráfagas cruza errante
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.
  Y la mujer, sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,

Del escalon no da un paso,
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿Qué busca? ¿Qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?
¡Ay pobre amante olvidada!
¡Ay infeliz Margarita!
¡Quién comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.
Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta más que veneno
En su delicia á verter.
Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él*, por un solo beso,
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios, ni áun fingido,
Al pié de la eternidad.
Mas en tanto el viento arrecia,
Revienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,

La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.
  Margarita, amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde,
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.
  Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba...
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.
  Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venía con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su rõedor pesar.
  Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de Don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios, al fin.
Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fe bañada
Dijo: «¡Ay de mí! ¿Quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»
En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa,
Cuyo rostro no veia,
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.
Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apénas la veia
Hasta que ante ella llegó.
Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita, al mirarla,
Extrañó no recordarla

Ni su faz reconocer.
«Será novicia (se dijo),
»Habrá al convento llegado
»Desde que yo le he dejado;
»No puede otra cosa ser.»
La monja, en tanto, seguía
Los altares arreglando,
Y la seguia mirando
Margarita por detras;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de extrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba más.
Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por doquier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.
Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan tenue,
Que el templo seguia oscuro
Y en silencio y soledad:
Sólo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa,
Una extraña claridad.
Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponia en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,

O escuchaban sus oidos
Música al léjos sonar.
  Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores,
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.
  Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma,
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.
  Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimia,
Y en donde nada sentia
Profano ni terrenal.
  Sólo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento,
Hácia la monja, de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.
  Pues siente que es, Margarita,

Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fe y religion la da.
Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Miéntras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.
Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto,
Mas sin fuerzas para hablar.
«¿Qué me quereis?» con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja. «¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?
—Si no teneis más amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al claustro tras mí.
—¡Oh! imposible!
—Si os importa
Hablar con alguna hermana,
Volved, si gustais, mañana.

—Yo hablára...
—¿Con quién?
—Con vos.
—Decid pues.
—No sé qué empacho...
La voz al hablar me quita...
¿Cómo os llamais?
—Margarita.
—¡El mismo nombre las dos!
—¿Así os llamais?
—Sí, señora,
Y en otro tiempo yo era...
¿Qué oficio teneis?
—Tornera.
—¡Tornera! ¿cuánto tiempo há?
—Cerca de un año.
—¡De un año!
—Diez llevo en este convento,
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.»

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenía,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja... ¿qué pensar?
Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante,
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba,
Su mismo rostro llevaba,

Y era ella misma... ó su imágen
Que en el convento quedó.

—

Cayó en tierra de hinojos Margarita,
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo,
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.
Entónces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
»TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ«
Y á estas palabras retumbando el trueno
Y rápido el relámpago brillando,
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La Reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huia,
Y á Margarita huyendo sonreia
Que adoraba su santa aparicion.
Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad:
Y al volver á su celda Margarita,
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,
Y al vital resplandor de su bujía
Aun encontró la imágen de María,
Y sus flores aún sin marchitar,
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA,
Sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE
Á
MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle,
Nublada y oscura aquélla,
Ésta solitaria y grande,
Aquélla escasa de luces,
Y ésta escasa de habitantes,
Pues que sólo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre, que á tientas sabe,
Sin duda, el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,

Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante,
Al reflejo de una luz,
Y tras esto, desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: «¿Quién llama?»
Y el que llamó dijo: —¡Abre!
—¿Qué quereis?
—Abre, demonio.
¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—¡Él es! ¡Jesucristo valme!»
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

—

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera

Con calma y serenidad.
  Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los dias sólo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.
  Y aunque en paz con su conciencia
Muere Don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.
  Un hijo ¡ay Dios! que tenía,
Por quien se afanó viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que léjos de él está:
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.
  El pobre padre, impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su Don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no más del pobre viejo
El acongojado afan.
  «Padre, al confesor decia,
Padre, me acosa una idea.

—¿Cuál es?
—Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!
En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
Él se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora.
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?
Sólo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon.»

—

Así decia el buen viejo,
De su Don Juan acordándose,
Cuando Don Juan arrojándose
En sus brazos exclamó:
«Ya estoy aquí, padre mio,
»Ya estoy ante vos de hinojos,
»Tornadme, padre, los ojos
»O muero de angustia yo.»
Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...

¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.
Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin, cayendo
Sin fuerzas le dijo así:
« Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,
Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí. »
Sentóse á su lado el hijo,
Y á solas los dos quedando,
Así el padre siguió hablando,
A su fin próximo ya:
«Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor, y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.
—Lo será.
—Tuyo es cuanto yo poseo,
Sin más condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¿Me juras obedecerme?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento.
¿La cumplirás?
—Padre, sí.
¡Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto á Torquemada,
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás

Cercada de un huertecillo;
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamas.
Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Vén á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y adios, Juan, que á morir voy!
—¡Padre!
—¡Adios, Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
Adios.. y haz lo que te mando,
Porque Dios te ayudará.»
Y esto dicho, inclinó el padre
Hácia su hijo la cabeza.
Y él la besó con terneza...
Pero no existia ya.
Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

—

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente,
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre

Que en pié, en mitad del camino,
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.
  Cerró la noche, y la sombra,
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.
  Mas todos, desde aquel dia
Al campo este hombre salia,
Y del campo se volvia
Poco ántes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atras tornando,
Quedábase atras mirando
Miéntras alcanzaba á ver.

II.

  Todo en la tierra pasa
Todo muere, se extingue ó se deshace:
El duelo y el placer tienen su tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.
  Queda el dolor un dia
Dentro del corazon más amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor más riguroso
Y el que más implacable parecia.
  Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores,
Como fuente silvestre que escondida,

Por el sombrío bosque, va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.
Así Don Juan, con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada dia,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenía;
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,
Y se iba á su presencia despertando,
Su corazon sediento de delicias.
Volvió á reir Don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvió la soledad á darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores
Cuentas á darle con afan vinieron
De la herencia feraz de sus mayores,
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas
Con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió Don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
«¿De qué mé sirve, dijo, esta opulencia
Estos montones escondidos de oro,

Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones,
O he de hacer de contínuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
¡Quedarán, vive Dios, agradecidas!
Murió mi padre, ¡duéleme á fe mia!
Pero no es ménos cierto
Que yo tambien me moriré algun dia:
Y si la vida á divertir no acierto,
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro más listo cuando me haya muerto?
¡Adelante, Don Juan, viven los cielos!
Ménos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mujeres;
La riqueza gocemos adquirida,
Y hagamos amistad con los placeres.»
Y aquí Don Juan soltando de repente
Ruidosa carcajada,
Que sin duda excitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: «Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna,
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances,
De petardos y cábalas depósito;
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid, es un capricho,

Mas mi padre perdone,
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.»
¿Qué distancia en Don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo. En un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco más de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Más ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó Don Gonzalo
Con Don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y Don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atras quién es ella;
Voy, pues, á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.

Es Don Lope un mozo ilustre,
A quien de la edad más tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo,
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apénas.
La curia escandalizóse
De tan imberbe colega,
Teniendo á ménos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza;
Y sus vuelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pajes ataviados
Con magníficas libreas,
Apagaron los murmullos
E hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes
De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la córte muestra
Cambió en baja adulacion

La ojeriza golillesca ;
Mas él, despues de humillarlos,
Dióles no más por respuesta
De alcalde de casa y córte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos,
Con tamañas excelencias
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brío á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la córte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó, pues, infatigable
Tras damas de vida incierta,
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan :
Para lo cual de alguaciles
Tenía en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en contínuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Exponiendo en su defensa

Que así atendia celoso
De la córte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que más firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este Don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas,
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta:
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Excusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas,
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja...
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias

Del jóven golilla éstas:
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que más léjos se muestra,
Lo que ménos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos ménos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos contínuo
Conjunciónes tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas más opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,

Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre.
Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y da académicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo,
Como dice la comedia.
Y si á Don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas, Diana,
Y sobre Diana, Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
¡Qué rapidez en las vueltas!
Y qué garganta! ¡y qué todo!...
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen Don Lope dió en tierra:
Y qué diablos hay que hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró Don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas

A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas,
Corredoras de placeres
Y lebreles de monedas:
Y, en fin, por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez hasta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto más, cuanto que á ser
La cosa de otra manera,
Hubiera bailado un solo
Con música de la Empresa.
Pues los golillas de entónces,
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con Don Lope, él visitándola
Y recibiéndole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobrecena
Cruzándose las sonrisas
Por detras de las botellas,
En el más dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente,
Y entróse Don Juan por ella.
Y diciendo *Buenas noches*,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Descolorida Sirena,

Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto,
Y sin comprender apénas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia,
Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situacion de la escena.
Cesó de reir Don Juan,
Y dijo de esta manera:
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

D. Juan. Sepamos con quién se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo Don Juan de Alarcon.
¿Quién sois vos en esta tierra?
D. Lope. Ya hidalgo me habeis llamado.
D. Juan. No tengo aún más que sospechas
De que sois tal por el traje
Y vuestra barba de á tercia;
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera,
Que es bien que ántes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.

Ahora bien, sin más rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno.
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta;
Si lo debeis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva,
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé más se la lleva,
O de quererla los dos,
Espada en mano y afuera.
Elegid.

El juez que en tanto
Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quien sea,
Dijo: «Convengo en tirarlo
Al azar.
—En hora buena.»
Y echando Don Juan al punto
La mano á las faldriqueras,
Dijo al sacarla: «Veamos,
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?
—Pares.
—Contad, pues, esas monedas»,
Y echó Don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
«Perdí», dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,
Díjole: «Meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante

¡Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo,
Ninguno me mete priesa.»
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas,
Chispeándole los ojos
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

Sirena. Señor Don Juan, ¿qué habeis hecho?
Todo lo habemos perdido.
D. Juan. ¿Pues quién es, es tu marido?
Sirena. No.
D. Juan. Pues justo es mi derecho.
Ya vistes que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor:
No hay, pues, de qué se me acuse.
Sirena. ¡Ay Don Juan, que lleva ese hombre
La intencion más depravada!
D. Juan. ¿Acaso estoy sin espada?
Sirena. Cuando yo os diga su nombre
Temblaréis.
D. Juan. ¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?
Sirena. Ese hombre á quien provocais

Es el alcalde Aguilera.
D. Juan. No me parece una fiera.
Sirena. ¡Ay de vos si con él dais!
D. Juan. ¡Y ay dél si conmigo da!
Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Dí, niña, ¿cómo te va?
—Bien, ¿y á vos?
—Famosamente.
—¿Y Margarita?
—No sé,
¡Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.
—Bravamente.
¿Y Don Gonzalo?
—¡Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
—¿Le matasteis?
—¿Y qué hacer?
Se empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza.
¡Qué habia de suceder!
—¡Pobre muchacho!
—¡Eh! dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales extremos.
¿Que te importa Don Gonzalo?
Miéntras yo contigo esté,
Paréceme, por mi fe,
Que no va el mundo tan malo.
Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,

Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.—
Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Más alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

—

Apénas las nueve daban
De la mañana siguiente,
Y Don Juan con la Siréna,
En pláticas bien alegres,
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo; «¡Señor, salvaos!
—¿Qué dices, loca?
—Que vienen
A prenderos.
—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es éste?
—¡Ay! ¡huid, Don Juan, huid!
Y no extrañeis que os recuerde
La muerte de Don Gonzalo.
—¡Vive Dios!

—Ved que quien quiere
Prenderos es Aguilera.
—¡Él! ¡por vida mia! ¡que éntre!
—Ved que son muchos.
—No importa.
—Por Dios, Don Juan.
—¡Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.»
Y asiendo bizarramente
Su larga espada Don Juan,
A abrirles la puerta fuése.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes;
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro Don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre Don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y así con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que harto á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y Don Juan á él de esta suerte:
«¿Quién es Don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
—Que se dé al rey.
—¿Con qué causa?
—Hoy su Majestad pretende
Que en un sillon duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.
—No intente,
Señor galan, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.
—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
—¡Ea, mancebo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
O vive Dios!...
—Norabuena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.
—Pues á él, ministros, prendedle.
—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.»

Así diciendo Don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.
En vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
Él tira siempre de frente,
Y en dos minutos despeja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse;
Quien huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quien oye estúpido y mira,
Quién bravea sin moverse,
Desde la calle entre tanto,
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Ordenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse,
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar jinetes,
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse,
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro Don Juan,
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pié de terreno pierde.
Da, cia, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiere,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.
Cayó Don Lope y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra Don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre,
Pues él que ve su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,

Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entónces Don Juan, que nunca
Su peligro desatiende
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque Don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle excusada,
Para su posada fuése.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brío y á su suerte.
Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ella los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de Don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:

Condenóse allí á D. Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como contínuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.
Con que *se salva quien corre*,
Y *acierta quien se defiende*;
Y está visto, *la fortuna*
Sólo ayuda á los valientes.

—

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crímen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el dia
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedia,
Y de la tierra que á lo léjos via
Que de las sombras en poder quedaba.
Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y áun se podian distinguir apénas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.
Mas no bien al crepúsculo indeciso
Trogó la luz de la amarilla luna,

Cuando en cóncavo són tronó improviso
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.
Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente,
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar rïela.
Se la mira bogar tranquilamente.

—

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.
A Italia va, país de los placeres,
Encantado verjel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mujeres,
Patria feraz del genio y los amores.
A Italia va Don Juan, ¿á dónde iria
El osado y amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?
A Italia, sí, porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora,
Altares levantando á la belleza.
A Italia va Don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!
Atras queda y burlada la justicia,
Atras los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia,
Cabo feliz á cuanto emprende dando.
SIRENA, MARGARITA... ¿quienes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos;

Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.
A Italia va Don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda;
Sólo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.
«Miéntras es jóven, dice, miéntras lleve
»Deseo el corazon y oro el bolsillo,
»Lanzarse el hombre á los deleites debe
»Del sol de su fortuna al falso brillo.
»El placer es mi Dios; mi alma desea
»Para sólo gozar larga la vida;
»Cuando sin oro y sin placer la vea,
»Como una inútil prenda envejecida,
»Con estoica calma indiferente
»Despojaréme de ella, convencido
»De que al que un aura de placer no aliente,
»Le debe de bastar lo que ha vivido.»
Tal es Don Juan, y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce;
Reñir, *amar*, *beber*, hé aquí su intento;
Gozar sólo es vivir, de ello deduce.
A Italia va Don Juan; ¿y adonde iria
En verdad el amante pendenciero?
¿A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuese á Italia Don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual bien sabe Dios que me contrista.
Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje

La vida y la memoria
De su más importante personaje.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir más dél, es un exceso
De historiador sin seso;
Porque si al ménos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero sólo nos dijo
A Italia fué, de donde yo colijo
Que fué este historiador un calavera.
Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
Y á darte gusto aspiro,
Tras el fin de Don Juan un año anduve,
Crónicas y memorias resgistrando,
Manuscritos y sabios consultando,
Mas nada de Don Juan á manos hube.
Hasta que al fin, pasando por fortuna,
Y há poco, por Palencia,
Topé con la ocasion más oportuna.
Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por lo ojos de su abuelo vista
Una historia, que á fe que si no era
De Don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista.
A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,
Y aunque de su verdad no desconfio,
A Dios plazca, ¡oh lector! que como el mio
Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

—

Seis años habia durado
Del bravo Don Juan la ausencia,

Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado.
  Miéntras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes, que habian venido
A manos de gente extraña.
  Y en fin, el mozo expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.
  Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.
  Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.
  Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.
  Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
  Nadie se volvió á meter
En más averiguaciones,
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
  De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.
  Cuatro paredones, esto

Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
  Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias extraños.
  Tal es la vida, lector:
Quien mete en ella mas ruido,
Cae más pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

—

  En una tarde nublada
Del turbio Enero, venía
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,
  Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero,
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.
  Traia el ceño fruncido,
A traves del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
  Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
  Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que más no tenía
O á un hombre que va de viaje.
  Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera

Tomarle por un bandido.
  Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza,
Que inspira cierta franqueza,
Y á su misterio aficiona.
  En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda;
Pero si pasa y saluda,
Vuélvese uno á contemplarle;
  Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.
  Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De léjos parece bien,
Pero muy de cerca mal.
  Él, en tanto, sin cuidar
De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.
  Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle
De antiguo césped vestida.
  Y aunque por lo embarazado
Que está con hierba y ramaje,
No parece aquel paraje,
En verdad, muy transitado,
  Él sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le extiende delante.
  Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal,

Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos,
  Y llegó al fin de la cuesta
Do se veia en la hondonada
Una casilla olvidada,
Ya ruinosa y descompuesta.
  Y cubierto de amarillo
Musgo y de hierba silvestre,
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.
  Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.
  Sólo en su centro se via,
Sobre un monumento alzada,
De piedra una cruz labrada,
Que áun en pié se mantenia.
  Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.
  Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante,
Con lágrimas en los ojos.
  Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así con triste acento:
  «Padre, al morir me dijisteis.
»*Si algun dia tus locuras*
»*O imprevistas desventuras*
»*Te roban cuanto te doy,*
»*Vén á mi tumba escondida,*

»*Que en mi sepulco al postrarte*
»*Mi sombra saldrá á ayudarte...*
»Cumplióse así, y aquí estoy.
»Rompe, pues, sombra adorada,
»Esa piedra que te esconde,
»Y á mis suspiros responde
»Momentánea aparicion;
»Dime, sí, que desde el cielo
»Do mi padre habita ahora,
»No me lanza aterradora
»Su terrible maldicion.»
Calló aquí un punto, y besando
La lápida, con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya:
«¡Quimeras!... nunca los muertos
»Salen de la madre tierra
»Que avara en su vientre encierra
»El polvo que sér nos da.»
Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni áun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.
Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires, de repente,
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono:
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no más:
Y, do quier que los tendia,
Sólo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamas.
La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenía ya enmohecidos
Los aposentos do quier:
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.
Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apénas mantenian
Quicio en que apoyarse ya:
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada va.
Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.
Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece
Contra sí mismo parece

Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto,
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.
Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.
A veces se cree que llora,
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.
En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,
Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.
Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada

A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aquí.
  Daba de la casa á un ángulo
En que estriba, un aposento
Que parece en su cimiento
Más seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.
  Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.
  Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo ménos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.
  No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Más mueble ni más adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.
  Abrióla aquel hombre, acaso

Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas sólo halló un pergamino
Escrito, y decia asi:
COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
Á TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECES TE DEJO,
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJOR.
Quedóse Don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribia
Sino su padre Don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergaminò,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.
Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.
No habia en él más que juegos,
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos,
Y crímenes por do quier.

Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida mujer.
Asesinado el amigo
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.
Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier,
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impía sangre á verter.
Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crímen atroz.
¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apénas
En que poder respirar:
Y ¡mísero Don Juan!... ¡mísero!
Adonde quiera que mira
Ve un espectro que con ira

Viene su alma á demandar.
¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de Don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asió con ira el cordel.
Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo Don Juan su estrella
A morir resuelto ya.
Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entónces, segundo Júdas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.
«Teneis razon, padre mio,
»Ya otra cosa no me resta;
»Para una vida como esta
»Mucho mejor es morir.
»¡Teneis razon! Gran regalo
»Me dejais, y le merezco;
»Ea, pues, ya os obedezco.
»¡Abra Dios mi porvenir!»
Tras cuyas impías palabras,
Con los piés la arca empujando,

Quedó el mísero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pos.
Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detras.
«¡Malditos maderos viejos!»
Exclamó Don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: «Un árbol valdrá más.»
Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombro
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veia escrito
Esto, que Don Juan leyó:
PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE Á SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

CONCLUSION.

Tú creerás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,

En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponia,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,
Me juró, como hombre honrado,
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.
¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo,
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna,
Con resplandor fugitivo,
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula.
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran,
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en la espesura
De fantasmas apiñados

Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre las sombras confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardas ondas lo arrulla.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha,
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo léjos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.
Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre las sombras se ofusca.
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra;
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura

El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo,
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Medita ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta:
—¿Quién va?—y á corta distancia
El igual compas se escucha
De un caballo que sàcude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz ménos robusta
Responde: — Un hidalgo ¡calle!
Y el paso el bulto apresura.
—Téngase el hidalgo,—el hombre
Replica, y la espada empuña.
— Ved más bien si me haréis calle
(Repitieron con mesura)
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Ibán de Vargas y Acuña.
— Pase el Acuña y perdone:—
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el jinete á una puerta,
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja
Y el viejo en la cerradura
Metió en la llave pidiendo

A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerróse detras la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcon,
Como quien tal acostumbra,
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Ibán de Acuña,
Y huyeron en el embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,
Y el sol tocando su ocaso
Apagá su luz gigante:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates,
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame,
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales,
Como en prendas de que el rio
Tan afanoso la bañe.
Á lo léjos en la vega
Tiende galan por sus márgenes,
De sus álamos y huertos

El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague,
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó un rey culpable
Amor, fama, reino y vida
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entónces
Era un plantel de zaharas.
Allá por aquella torre,
Que hicieron puerta los árabes,
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Más léjos se ve el castillo
De San Servando, ó Cervántes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey, que supo una tarde
Fingir tan tenaz modorra,
Que, político y constante,
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un publo grande,

Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambron y Visagra
Los caminos desiguales,
Camino á los Toledanos
Hácia las murallas abren.
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares,
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave,
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monjes
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase sólo un mancebo
De impetuosos ademanes,
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á álguien aguardase.
Los tímidos aceleran

Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora danzen.
Una mujer tambien sola
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á traves de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:

«Abreviemos de razones,
Diego Martinez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quién mancha mi honra
Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme.»
Miróla Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo

Repuso palabras tales:
«Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca,
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
—Júralo,—exclamó la niña.
—Más que mi palabra vale
No te valdrá un juramento.
—Diego, la palabra es aire.
—¡Vive Dios que estás tenaz!
Dalo por jurado y baste.
—No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flándes.
—¡Voto á Dios! ¿qué más pretendes?
—Que á los piés de aquella imágen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.»
Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase,
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero,
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre,
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,

Y haciendo Ines que Martines
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle:
—Diego, ¿juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó al mozo:
—¡Sí juro!—
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado habia,
Mas de Flándes no volvia
Diego, que á Flándes partió.
Lloraba la bella Ines
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.
Todas las tardes venía
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvia.
Y siempre al anochecer,
Sin dueña y sin escudero,
En un manto una mujer
El campo salía á ver
Al alto del *Miradero*.
¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que el se abrum-

Al ausente ha de pesar!
La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto dón,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en celos,
Que abrasan el corazon.
Si es cierto lo que se espera,
Es un consuelo en verdad;
Pero siendo una quimera,
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.
Así Ines desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.
En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.
En vano á Ibán acudia,
Llorosa y desconsolada;
El padre no respondia,
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.
Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació mujer ella,
Y el viejo nació altanero.
Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,
Y los de Flándes tornaron

A sus tierras á vivir.
Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flándes se partió,
Mas de Flándes no volvia.
Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.
Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.
Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.
Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.
Y algun pez con cien colores,
Tornasolada la escama,
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
A las puntas de una rama.
Y allá en el trémulo fondo
El torreon se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo

Que habita nocturna bruja.
Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.
A lo léjos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelta el camino.
Bajó Inés del torreon,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambron
Sintió latir zozobrosa
Más inquieto el corazon.
Tan galan como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.
Juben negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.
Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.
Vienen tras este jinete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete

Diez peones castellanos.
Asióse á su estribo Inés
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —
Y él viéndola de traves
Dijo — ¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!
Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que más voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.
Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo: — ¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —
Y aplicando el capitan
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flándes partió Martinez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitan le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra

Con su valor y altos hechos,
Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitan de Lanceros.
Y otro no fué que Martinez
Quien há poco entró en Toledo,
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirige,
Cobrado el conocimiento,
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martinez
Es el capitan Don Diego,
Ni se ablanda á sus caricias,
Ni cura de sus lamentos;
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamas en ello.
¡Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto más ella importuna
Está Martinez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello,
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitan Don Diego

No ha de ser Diego Martinez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente,
De amor y piedad ajeno,
Mandóles que á Inés lleváran
De grado ó de valimiento.
Mas ella ántes que la asieran,
Cesando un punto en su duelo,
Así habló, el rostro lloroso
Hácia Martinez volviendo:
«Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesarémos.»
Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
A pasos desatentados
Salióse del aposento.

V.

Era entónces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazon.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está, como presidente
Del tribunal superior,

Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillon
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelacion.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropon,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol,
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde són
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.
Una mujer en tal punto,
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon
Diciendo á gritos: «¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!»
Y á los piés se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzóla cortés Don Pedro
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó,
Diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazon.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesa?
—¡Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.
—¿Quién es él?
—Diego Martinez.
—¿Noble?
—Y capitan, señor.
—Presentadme al capitan,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala,
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado són.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo:—El capitan Don Diego.—
Y entró luégo en el salon
Diego Martinez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitan Don Diego
Díjole Don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno

Diego Martinez:
—Yo soy.
—¿Conoceis á esta muchacha?
—Há tres años, salvo error.
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?—
—No.
—¿Jurais no haberlo jurado?
—Sí juro.—
—Pues id con Dios.
—¡Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Mujer, ¡piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno.
—Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudára de vuestro honor.—
Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
Llamadle otra vez, señor.—
Volvió el capitan Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon.—
—¿Quién?
—Un hombre que de léjos
Nuestras palabras oyó.
Mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algun balcon?
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.—
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
A cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:
«La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay más tribunal que Dios.
Harémos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomaréis declaracion.»

VI.

Es una tarde serena,
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte

Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al dia cantan.
Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monjes, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentariando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,

Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña,
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Le rezaron en voz baja.
Está el CRISTO de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco ménos de una vara;
Hácia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martinez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
—«*Jesus, Hijo de María,*
» *Ante nos esta mañana*
» *Citado como testigo*
» *Por boca de Inés de Vargas,*
» *¿Jurais ser cierto que un dia*
» *A vuestras divinas plantas*
» *Juró á Inés Diego Martinez*
» *Por su mujer desposarla?*»
Asida á un *braso* desnudo

Una *mano* atarazada
Vino á posar en los aútos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires « ¡Sí JURO! »
Clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los labios tenía abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fe,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre
Y en cada año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

PARA VERDADES EL TIEMPO

Y

PARA JUSTICIA DIOS

TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento;
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y mañeros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo
Silencioso por demas,
Que no alzó noble jamas
El gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,

Ojo inquieto, torvas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.
Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.
Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De són de temeridad.
Agil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho más que á su valor.
Presentóse há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.
Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mujeres
Más falso que caballero.
Hoy pasa, pobre y oscuro,
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.
Hombre de quien saben todos
Que vive de malvivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuales ó de qué modos.
Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Ménos rígida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasía,
Mozo de más cortesía
Y más bizarro talante.
De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados,
Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera
Que cuando cede perdona.
Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela más de galan
Por su noble condicion.
Que no hay en Madrid mujer
Que un agravio recibiera,
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.
Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.
Tales son Ruiz y Medina,
De quienes, por concluir,
Fáltame sólo decir
Que amaban á Catalina.
Es ella una moza oscura,
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.
Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para mujer de su honor

Palabras de amor no halla.
El con ánsia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.
Que es tan dulce su mirar,
Que su luz por no perder,
Cuando se quiso atrever
Sólo se atrevió á callar.
Y es tan flexible su acento,
Que para no interrumpirle,
Tener es fuerza al oirle
Con los labios el aliento.
Medina, que fué soldado
Sobre Flándes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De más tiempo acostumbrado,
Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.
«Eso sí, ¡por san Millan!»
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazon
A cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos

Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreian,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasára,
Qué, segun iba resuelto,
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
«Nos casarémos mañana.»
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una tercia
Echóla un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
«Cuando acabes, dos palabras.»
Recogió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: «¿Qué pasa?
—Me caso—dijo Medina,
Miróle Juan á la cara,

Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
—¿Qué piensas, preguntó Pedro.
—En tí y tu mujer pensaba,—
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada:
—¿Supondrás que es Catalina?
—Y lo siento con el alma.
—Cómo!—Porque tengo celos.
—¡Por San Millan!—Yo la amaba.
—¿Y ella?—Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme....—¡Acaba!
—Para decirla mi amor
»Escribirla hoy una carta.
Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba,
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve
Negocio que aflige y cansa
Pidió papel y tintero
Diciendo á Juan:—¡Por mi alma
Que en mi vida en tal apuro
Vacilar tanto pensaba;
Y á no serte tú quien eres,
Metiéralo á cuchilladas;
Pero escribe, y que responda
A cual de nosotros mata.»
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
—Echemos, dijo, los dados
Y al que la mayor le caiga
Si es á mí la escribo al punto,
Si es á tí, Pedro, te casas.—
Tiró Juan y sacó nueve;

Y asiendo el vaso con rabia
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba,
Parten la calle en silencio,
Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mi pensar los celos
Delirio, pasion ó mal,
A cuyo influjo fatal
Lloráran los mismos cielos.
  A manos de tal pasion
El más cuerdo desespera,
Pues quien con celos espera
Atropella su razon.
  Si con celos esperar
Es importuna porfia,
Ceder celoso en un dia
Cuanto se amó, no es amar.
  De celos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son celos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.
  Y así con celos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con celos ceder
Es igual que delirar.
  Si otro más favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor, no.
  Porque en quien goza favor

Sobra tal vez confianza,
Y celos sin esperanza
Suelen guardar más amor.
  Si favor nunca tuvimos,
Aun es suerte más crüel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.
  Y así pienso que son celos,
Delirio, pasion ó mal,
A cuyo influjo fatal
Llorarán los mismos cielos.
  Por eso llora Juan Ruiz,
Celoso y desesperado,
El bien que Pedro ha ganado
Más galan ó más feliz.
  Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin mirar que no está en ellos
Su amante fatalidad.
  ¡Oh, que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos!
Que el amor que hoy le da celos
Entróle ayer por los ojos.
  «¿Y por qué no me atreví»,
Clama el triste en su afliccion;
«Y hoy acaso esta pasion
Pudiera arrancar de mí?
  »Mas volveré, ¡vive Dios!
¿Pero qué he de conseguir
Si la he dejado elegir
Marido de entre los dos?»
  Y á su despecho tornando,
Semejábase en su afan
Una fiera á quien están
Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz
Cruzaba el cuarto sin tino,
Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.
Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pié violento
El pavimento ruinoso.
Iba adelante y atras
Sin reflexion que le acuda,
A la par pidiendo ayuda
A Cristo y á Satanas.
Túvose un momento al fin;
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.
Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió:
En esto dobló un reló
En una torre las diez.
Entónces quedando fijo
Exclamó en la oscuridad:
Hoy se casan, es verdad,
Hace un mes que me lo dijo.»
Ciñó con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la ventura
La vuelta del Matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.

Un balcon abierto á medias,
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso són.
Se oye el compas fugitivo
Que llevan con pié veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello,
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturon,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro le regaló,
Lleva en una cruz de oro

La imágen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazon.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entónces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su són,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion,
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos
Más bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vid
A merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazon.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,

Húmedos los negros ojos
Con tiernísima aficion.
Él diciéndola, «¡alma mia!»
Diciéndole ella «¡mi sol!»
Entre el són de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusion,
Y al angustiado lamento
De uno que grita: «¡Favor!
¡Ayudadme, que me matan!»
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomóse Catalina
Amedrentada al balcon
Llamando á Pedro afanosa
De algun daño por temor.
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó,
Pero apénas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partia el corazon,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor,
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincon,
Hácia una imágen de Cristo,
De quien devoto vivió,
Dijo espirando. «Soy muerto.

»¡Acorredme, Santo Dios! »
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzóse á su lado un hombre,
Y exclamando con pavor
«¡Maldita sea mi alma! »
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mujeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entónces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez más se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra

Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pendencias más de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas y dias,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo: «Miéntras yo viva,
No faltará quien la vele.»
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzára algun viviente
A traves de la reserva
Y el misterio que mantiene.
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,

Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente,
Y el talisman de la risa
A sus labios trasparentes,
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen,
Que la vida con que vive
Sólo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretexto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entónces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienes,
Cruza azaroso la calle
Como si álguien le siguiese.
En estas conversaciones,
Cada vez ménos frecuentes,
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afan y desvelos,
De tan rendida fineza,

Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un dia y otro dia,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galan,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera:
«Puesto que es muerto Medina,
»(¡Dios en su gloria le tenga!)
»Y por siete años cumplidos
»Mi fe le he guardado entera,
»Y él ha visto nuestro amor
»Allá de la vida eterna,
»Os daré, Juan Ruiz, mi mano
»Y mi corazon con ella.
»Amigo de Pedro fuisteis,
»Y yo os debo la existencia;
»Con que es justo, á mi entender,
»Os cobreis entrambas deudas.»
Púsose Juan Ruiz de hinojos
A los piés de la doncella,
Y asiéndola las dos manos
Humildemente las besa.
Acordáronse las bodas,
Mas Catalina aconseja
Que sean cuando él quisiera,

Pero que sin ruido sean.
Las malas mañas ó antojos
O tarde ó nunca se dejan,
Y Juan en su mocedad
Gustó de bulla y de fiesta.
Así, aunque pocos, convida
Para que á las bodas vengan;
Buscó unos cuantos amigos
Que le alegráran la mesa.
Trajo vinos los mejores,
Y viandas las más frescas,
Y apuntó por hora fija
De noche las diez y media.
Gustaba Juan sobre todo
De cabezas de ternera,
Y asábalas con tal maña
Que á cualquier gusto pluguieran.
Gozaba en esto gran nombre
Entre la gente plebeya,
De tal modo que le daban
El apodo de *Cabezas*.
Ocurrióle á media tarde
Darse á luz con tal destreza,
Y embozándose en la capa
Salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
En el Rastro una becerra,
Compró el testuz y cubrióle
Asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
Y contento con la presa,
De la calle en que vivia
Tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
Dejando en pos roja huella

Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras.
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja,
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca.
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincon embutida
A la luz de una linterna
De Cristo Crucificado
Se ve la imágen severa.
Paróse Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.
«¡Fuera el embozo! gritaron:
Muestre á la luz lo que lleva.»
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas
A una memoria terrible
Cuanta sangre hervia en ellas.
«¡Fuera el embozo!» repiten,
Y él, acongojado, tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea.
Deshiciéronle el embozo,

Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
— « ¡Acorredme, Santo Dios! »
Grita aterrado, y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
« ¡ Yo le maté! clamó entónces,
Hoy há siete años, por ella. »
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y así fué: que aquella noche
De sangrienta confusion,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor.
Como un iman á una aguja
Arrastra constante en pos,
Como una serpiente á un pájaro,
A una paloma un halcon
Entorpecen y fascinan
Sin que ala ni pié veloz
Para huirle les acudan;
A impulsos de su pasion
Anduvo así Juan vagando
De la fiesta en derredor.
Y oia por las ventanas
De danza el confuso són,
Y via cruzar las sombras

Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y en monótona ilusion.
Así lloraba acosado
De sus celos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor:
Cerróse en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razon,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
Y Catalina al balcon
De la suerte recelando
Acelerada salió.
Mas al ver cual afanosa
Curaba ella de otro amor,
Cegaron á Ruiz los celos,
El despecho le embriagó,
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol,
Matóle á la faz de Cristo
Como villano á traicion.
De entónces, en los siete años,
Despues del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasion
De mostrar que hay infalibles
Tribunales sólo dos
De irrevocable sentencia,
Sin cotos ni apelacion:
Para verdades el TIEMPO,
Y para justicias DIOS.

GLORIA Y ORGULLO.

¡Léjos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Más fatigosa cuanto más se avanza.
Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mujeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ebrio de raquíticos placeres,
Léjos de mí.—No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.
No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa,
Ni las llaves de espléndido tesoro.
De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.
Yo no acierto á decir «la vida es bella»,

Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida, porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.
De esa inmensa pasion que llaman gloria
Brota en mi corazon ardiente llama,
Luz de mi sér me abrasa la memoria,
Voz de mi sér inextinguible clama.
Gloria, ilusion magnífica y suprema,
Ambicion de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,
Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
Sólo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.
Sólo el murmullo de la excelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blanco insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.
Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellon soñaron;
César, Napoleon y Atila fiero
Bajo ese pabellon se despertaron.
Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.
Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.
Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro dia al pasar le lea un hombre.
Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla,
Su cifra indiferente miéntras vela
Pinta con un tizon en la muralla.
El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.
Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maraton se orea,
Por tí una noche con aliento extinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.
Por tí trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un dia.
Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volúmen carcomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.
Por eso en mis estériles canciones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones,
De la noche el fanal se desvanece.
Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.
Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,

O azota sus escobrios amarillos.
¡Oh! si sentís esa ilusion tranquila,
Si crëeis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;
Si al són gozais de mi cancion que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;
Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreís cuando de amor deliro;
Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora,
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;
Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo extraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;
Si alcanzais en mi pálida mejilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha:
Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa
No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria!
¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,

Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños.
¡Dame ilusiones, dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oido,
Para que viva la memoria mia
Cuando yo duerma en eternal olvido,
¡Léjos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra,
Cuando el aura vital falta en el hombre!
¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

EL RELOJ.

—

Es una verdad que parece sueño.

Cuando en la noche sombria
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compas;
Si al cruzar la extensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece,
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia más bella
Porque se pierde despues.
¡Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cuál se desplega violento
Desde un negro capitel
El són triste y compasado
Del reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como una anatema,
Colgado en una pared,
Rostro de un sér invisible
En una torre asomado,
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta muda
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De ménos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reîr de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina,
Pórque el sol es la verdad.
Así á la luz de esa hoguera,
Que há suspendido en la altura,
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reló;
El sol alumbra las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.
Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga y rie y canta

De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.
Tal vez detras de la esfera
Algun espíritu yace,
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el dia
Para hundirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.
Quizá á la luz de la luna,
Alla en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana,
Angustiado el moribundo,
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.
Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los dias,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reir.

—

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito

De nuestro orgulloso sér,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oir de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, contínuo
Como la primera vez,
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno tambien;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán más de volver;
Y murmurando á compas
Una sentencia crüel,
Susurra el péndulo —«*¡Nunca!*,
¡Nunca! ¡Nunca!»—vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

NAPOLEON.

«No hay más que yo; dobléguense las leyes
Ante la ronca voz de mis legiones;
Romperé el áureo cetro de los reyes
En su espantada frente á las naciones.»

D. Juan Donoso Cortés.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron;
Cuando grandes los dos se concibieron,
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pié del monumento,
Y el monumento dijo: *Este es el hombre;*
Y el hombre, al ver desde tan alto asiento,
Esta es, dijo, *la cifra de mi nombre.*
De sus cañones el discorde arrullo
Su altivo sér le trajo á la memoria.
«Aquí debí nacer», dijo su orgullo;
«Aquí debo morir», dijo su gloria.
Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
«Quien allí su bandera no enarbole,
»Una oruga no más será en el suelo.
»¡No valen cien coronas una estrella,
»Ni valemos un sol todos los reyes!
»Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
»El sol alumbra y queman nuestras leyes.»
Unos grandes allí su tumba abrieron,

E intentarlo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era sólo á sus piés tender la frente.
Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos,
Porque al mirar su tumba humanos ojos,
Se creyeran imbéciles ó enanos.
¡Aquí está Napoleon! dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.
Las huecas dalaveras asombradas
El gesto inmoble á Napoleon tornaron:
¡Aquí está Napoleon! y atrailladas
En derrededor del vivo se juntaron.
Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos
Para oirle, y cayeron macilentas
A su tremenda voz todas de hinojos.
Contó los esqueletos trasparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas ó señores.
Y no encontrando á su grandeza leyes,
Gritó hiriendo los huesos con la planta:
« Yo soy emperador, ¡fuera los reyes! »
Y su vibrante voz la turba espanta.
Revolvió entónces la imperial mirada.
Nada en el ancho cóncavo vivia.
Sólo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oia.
Grabó su nombre colosal en ellas,
Sello gigante de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas,
Libro fuera el desierto de su historia.

Salió con orgulloso cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados:
«*Napoleon vino á visitar su imperio*»,
Y en el desierto entró con sus soldados.
Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pié tranquilo,
Y allá á lo léjos saludarle oyeron
Con asombrado adios al ronco Nilo.

II

El hombre no existe ahora,
Que tiempo al plegar las alas,
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga,
Las moles allí quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataud y montaña;
Y él duerme al pié de una roca
Entre las ondas amargas,
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas:
Porque la isla compasiva
Le recogió en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora?
¿Quién de los dos es la página,

Las moles de aquel desierto,
O el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios,
Sin antorchas y sin guardas,
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grandeza,
Ni noticias de su fama.

—

«¡Aquí está Napoleon!» dice sú nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmó aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.
Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra,
Y viéndose leon alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.
El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pié le ató altanero:
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.
Numeró sus millones de soldados,
Y trepó vencedor á la montaña:
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.
Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galan mancebo,

Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.
De este jardin que coronó de flores
Pródiga y perfumada primavera,
Do marcan el compas los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.
Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.
Donde el ardiente sol que nos da el dia
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daria
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.
Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.
Pirámide más dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.
No tiene, no, el leon de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡¡Paz al coloso! — Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Sólo quien te rindió fué *la fortuna*.
Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,

Quien allí su bandera no enarbole,
Una oruga y no más será en el suelo.
El te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.
Dijiste: «*Soy el grande de la tierra*,
»*No tengo en ella ya digno enemigo*.»
Grande mi patria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA MÁRGEN DEL ARROYO

¡Qué dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
Ver cómo la yerba blanda
En la márgen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.
Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.
Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas,
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.
Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Más que coronar sus frentes
Las afrentan.
Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.
Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.
Ni ha de envidiar á los mares
De buques la excelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa

La voz impía.
Porque tiene en un remanso
Sauces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.
Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores,
La ancha copa,
De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores
Pintada tropa.
¡Oh, dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!
¡Oh qué es dulce contemplar
El agua los piés venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!
Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.
Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas

Que en las arenas dibujan
Do se posan.
Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.
Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.
Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso más cada vez
Se importuna.
Siempre en el mismo lugar
En su afan sin concluir
Noche y dia,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.
Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al són mecidos
Del cristal.
¡Oh, dulce es ver muellemente,
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,

Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

—

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu márgen
Sus flores Abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí,
Bebiendo tus aguas
Libre el colorin,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardin,
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
¡Pero ¡ay! que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá Julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto

Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu hierba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Iráse estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil
Su curso en la arena
Vendrá á concluir.....
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

—

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.
Arroyo, sigue bañando
Miéntras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.
Ella nunca será más

Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.
Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes extrañas
Siempre solas;
Mas yendo y viniendo dias,
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frias,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.
Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

ORIENTAL.

Dueña de la negra toca,
La del morado monjil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.
Diera la lanza mejor

Del Zenete más bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.
  Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.
  Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta jinetes.
  Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.
  Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos...
Le arrancaron por tí
De la corona de un dios.
  De tus labios la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
  ¡Oh qué hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
  En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!
  Vén á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza,
Para pagarle, mezquina.

—

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

FIN.

ÍNDICE.

Págs.

Leyenda.—Margarita la tornera. Tradicion. 5
Apéndice de Margarita la tornera.—Fin de la historia de Don Juan y Sirena la bailarina. 84
A buen juez mejor testigo. Tradicion de Toledo. 127
Para verdades el tiempo y para justicia Dios. Tradicion. 149
Gloria y orgullo. 169
El reloj. 174
Napoleon. 178
La márgen del arroyo. 183
Oriental. 189

DUE AUG 23 '32